

CAPÍTULO DÉCIMO

BRASSEUR DE BOURBOURG ANTE LAS REALIDADES INDÍGENAS DE MÉXICO

Manuel FERRER MUÑOZ*

SUMARIO: I. *La personalidad de Brasseur de Bourbourg*. II. *La obra escrita de Brasseur de Bourbourg*. III. *El México de Brasseur de Bourbourg*. IV. *Las apreciaciones de Brasseur de Bourbourg*. V. *Conclusiones*.

I. LA PERSONALIDAD DE BRASSEUR DE BOURBOURG

Ordenado sacerdote en Roma a los treinta años de edad, en 1844, Charles Étienne Brasseur de Bourbourg realizó su primer viaje a México cuatro años después, en calidad de capellán de la legación francesa en nuestro país. Permaneció en la República mexicana dos años, y dedicó íntegramente uno de ellos a viajar por su interior, hasta California. Regresó a Europa en octubre de 1851.¹

En julio de 1854, Brasseur volvió a cruzar el Atlántico desde Francia, para internarse por tierras de Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Desde principios de 1857 hasta marzo de 1859 residió en comunidades indígenas de Guatemala, cuyo arzobispo lo había nombrado administrador eclesiástico de los quichés de Rabinal, los cakchiqueles de San Juan Zacatepec, y los mames de Iztlahuacan, Zipacapa, Ichil y Tutuapa. Impulsado por una notable curiosidad intelectual, aprovechó su estancia entre los

* Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ Cfr. Brasseur, Charles, *Popol Vuh. Le livre sacré et les mythes de l'antiquité américaine, avec les livres héroïques et historiques des quichés, ouvrage original des indigènes de Guatémala, texte quiché et traduction française en regard, accompagnée de notes philologiques et d'un commentaire sur la mythologie et les migrations des peuples anciens de l'Amérique, etc., composé sur des documents originaux et inédits*, París, Arthus Bertrand, 1861, prólogo, p. III, nota 1.

quichés de Rabinal para aprender su idioma,² lo que le valió el reconocimiento y el ingreso en la Sociedad Económica de Amigos de Guatemala.³

En 1857, antes de emprender su excursión por el istmo de Tehuantepec, que sería el cuarto de sus periplos por tierras del Nuevo Mundo, Brasseur estrechó lazos con algunas sociedades científicas, como la *Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, y gestionó el apoyo del Ministerio francés de Instrucción Pública.⁴

El tiempo comprendido entre 1858 y 1860 fue dedicado por Brasseur a trabajar en *Voyage sur l'isthme de Tehuantepec, dans l'état de Chiapas et de la République de Guatemala* (véase *infra*). Como se acaba de indicar, contó para ese proyecto con los auspicios del gobierno de Napoleón III. Su arribo a México, donde pensaba empezar su estudio, se produjo en mayo de 1859. Terminado su largo itinerario, estaba de vuelta en París en octubre de 1860.⁵

En 1863 encontramos a Brasseur otra vez en la República mexicana, decidido a emprender excavaciones en Yucatán y en óptimas relaciones con el emperador Maximiliano, que quiso comprar su biblioteca, y que llegó a ofrecerle el Ministerio de Educación y la Dirección de Museos y Bibliotecas del Imperio mexicano. Brasseur rechazó esas proposiciones y, si hemos de atenernos a su testimonio, aceleró su salida para América Central, que efectuó en abril de aquel año, para no ceder a la tentación de aceptar el nombramiento.⁶

Brasseur siempre compartió con el emperador el amor al estudio del pasado de México, y se hizo acreedor de la insignia de la orden de Guadalupe, que le concedió Maximiliano para premiar sus estudios. El aprecio del emperador hacia la persona del abate francés se manifiesta por un

2 Cfr. *idem*.

3 Cfr. Brasseur, Charles, *Gramática de la Lengua Quiché, según manuscritos de los mejores autores guatemaltecos, acompañada de anotaciones filológicas y un vocabulario*, nota introductoria del Instituto Indigenista Nacional de Guatemala, Guatemala, Editorial del Ministerio de Educación Pública "José de Pineda Ibarra", 1961, p. 9.

4 Cfr. Brasseur, Charles, *Popol Vuh*, prólogo, p. III, nota 1.

5 Cfr. *idem*.

6 Brasseur, Charles, *Quatre lettres sur le Mexique. Exposition absolue du système hiéroglyphique mexicain. La fin de l'âge de pierre. Époque glaciare temporaire. Commencement de l'âge de bronze. Origines de la civilisation et des religions de l'antiquité d'après le teo-amoxtli et autres documents mexicains, etc.*, Paris, Auguste Durand et Pedone-Madrid, Bailly-Baillière, 1868, pp. XII-XIII, y Brasseur, Charles, *Bibliothèque Mexico-Guatémaliennne précédée d'un coup d'oeil sur les études américaines dans leurs rapports avec les études classiques et suivie du tableau par ordre alphabétique des ouvrages de lingüistique américaine contenus dans le même volume, rédigé et mise en ordre d'après les documents de sa collection américaine*, Paris, Maisonneuve, 1871, pp. III-IV.

comentario elogioso que, según Brasseur, pronunció Maximiliano en una ocasión ante los integrantes del Consejo de Estado: “*s’ils connaissaient personne parmi les étrangers, qui fût mieux informé des choses de leur pays*”.⁷

Tras unos años de intenso trabajo, en los que vieron la luz varias obras suyas y creció el predicamento del abate en los medios científicos de Francia, México y Guatemala, Brasseur de Bourbourg murió en Niza en 1872.

II. LA OBRA ESCRITA DE BRASSEUR DE BOURBOURG

Fruto de la primera estancia de Brasseur en México son las *Lettres pour servir d’introduction à l’histoire primitive des nations civilisées de l’Amérique septentrionale* (México, M. Murguía, 1851), que se publicó en edición bilingüe francés-español, cuando Brasseur estaba ya de regreso en Francia.

Entre 1857 y 1859, Brasseur de Bourbourg publicó una obra en cuatro volúmenes, que era fruto de su madrugador interés por las culturas precolombinas de México y de Centroamérica: los volúmenes I y II habían sido elaborados durante el viaje que realizó a esta última región en 1854. El título que Brasseur dio a ese trabajo fue *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l’Amérique Centrale, durant les siècles antérieurs à Christophe Colomb, écrite sur des documents originaux et entièrement inédits, puisés aux anciennes archives des indigènes* (Paris, Arthur Bertrand, 1857-1859). La aparición de este libro no pasó inadvertida para los medios intelectuales de Francia: Hyacinthe Charency publicó un resumen del texto, precedido de unas páginas donde prodigaba todo género de elogios a Brasseur y calificaba como un acontecimiento de importancia la impresión de esa obra, que era fruto de veinte años de esfuerzos y de una prolongada estancia de su autor en Guatemala, como cura de los indios de Rabinal.⁸

Ese ahínco de Brasseur por sacar a la luz fuentes documentales que revelaran testimonios de los indígenas americanos sobre sí mismos no

⁷ “Si conocían a algún extranjero mejor informado que él sobre las cosas de su país” (Brasseur, Charles, *Quatre lettres sur le Mexique*, p. XII).

⁸ Cfr. Charency, Hyacinthe, *Compte rendu et analyse de l’Histoire des nations civilisées du Mexique et de l’Amérique centrale, etc., de M. l’abbé Brasseur de Bourbourg*, Versailles, Beau Jeune, 1859, p. 4.

tardaría en verse premiado con importantes descubrimientos, y se reflejaría también en el rescate y traducción de códices como *Popol Vuh* —el libro sagrado de los quichés—, *Rabinal-Achí*,⁹ *Troano* y *Chimalpopoca*.

En efecto, a Brasseur de Bourbourg se debe el hallazgo de un manuscrito que contenía una copia de la *Relación de las cosas de Yucatán* escrita por fray Diego de Landa a mediados del siglo XVI.¹⁰ Ese documento, que pudo haberse extraviado cuando se expulsó a los franciscanos de Yucatán, en 1820, fue encontrado por el abate francés en el invierno de 1863, en la biblioteca de la Real Academia de la Historia, en la ciudad de Madrid. Brasseur se ocupó personalmente de la publicación, que se concluyó al año siguiente, en el marco de una colección documental denominada *Collection de documents dans les langues indigènes pour servir à l'étude de l'histoire et de la philologie de l'Amérique ancienne* (Paris, Auguste Durand-Arthus Bertrand), donde aparecieron otras investigaciones del abate sobre historia y lenguas aborígenes (la ya mencionada *Grammaire de la langue quiché*, por ejemplo; o *Quatre lettres sur le Mexique*, de que se tratará más adelante). Fue, en fin, Brasseur quien tituló el texto con el nombre *Relation des choses de Yucatan*, con que ha llegado hasta nosotros.¹¹

Al mismo Brasseur de Bourbourg se debe otro importante descubrimiento bibliográfico, aunque menos sonado que el del manuscrito de Landa. Nos referimos a la obra de fray Bernardo de Lizana titulada *Historia de Yucatán, devocionario de Nuestra Señora de Izmal, y conquista espiritual*, que Brasseur consultó durante los años 1849 y 1850 en un ejemplar trunco que se hallaba en la Universidad de México. Una selección de los pasajes que a Brasseur parecieron más interesantes se publicó en

9 Brasseur, Charles, *Grammaire de la langue quiché Espagnole-Française, mise en parallèle avec ses deux dialectes, cakchiquel et tzutuhil, tirée des manuscrits des meilleurs auteurs guatémaliens. Ouvrage accompagnée de notes philologiques avec un vocabulaire comprenant les sources principales du quiché, comparées aus langues germaniques et suivi d'un essai sur la poésie, la musique, la danse et l'art dramatique chez les mexicains et les guatémaltèques avant la conquête, servant d'introduction au Rabinal-Achí, drame indigène avec sa musique originale, texte quiché et traduction française en regard*, Paris, Arthus Bertrand, 1862. Hay una traducción al español, realizada en Guatemala en 1961: *Gramática de la Lengua Quiché, según manuscritos de los mejores autores guatemaltecos, acompañada de anotaciones filológicas y un vocabulario*.

10 Se trata de una copia que, según Brasseur, se escribió unos treinta años después de la muerte de Landa: *cfr.* Brasseur, Charles, *S'il existe des sources de l'histoire primitive du Mexique dans les monuments égyptiens et de l'histoire primitive de l'ancien monde dans les monuments américains?*, Paris, Auguste Durand-Madrid, Bailly-Baillière, 1864, p. 4, nota 2.

11 *Cfr.* Pérez Martínez, Héctor, "Introducción", en Landa, Diego de, *Relación de las Cosas de Yucatán*, México, Editorial Pedro Robredo, 1938, pp. 45 y 47.

1864, precisamente como apéndice a la edición de la obra de fray Diego de Landa.

Ese mismo año, animado indudablemente por sus propios éxitos, Brasseur consiguió la edición de un ensayo donde se recreaba en los paralelismos, tan al gusto de la moda de esos años, entre las civilizaciones americanas y la egipcia: *S'il existe des sources de l'histoire primitive du Mexique dans les monuments égyptiens et de l'histoire primitive de l'ancien monde dans les monuments américains?*, Paris, Auguste Durand-Madrid, Bailly-Baillière, 1864. Por noticias del propio Brasseur, sabemos que ese texto debía servir de introducción a la *Relation des choses de Yucatan*, incluida como volumen III en la *Collection de documents dans les langues indigènes*.¹²

Poco después, en 1866, Brasseur publicó —también en París— un repertorio de materiales arqueológicos mexicanos al que llamó *Recherches sur les ruines de Palenqué et sur les origines de la civilisation du Mexique* (Paris, Arthus Bertrand, s. a.), que acompañaba al álbum de Waldeck.¹³ Esa línea de investigación encontró continuidad con las *Quatre lettres sur le Mexique*, que editaron Durand y Pedone y Bailly-Baillière en 1868.

Entre los volúmenes que recogieron los trabajos de la *Commission Scientifique du Mexique et de l'Amérique Centrale*, publicados en 1870, encontramos dos titulados *Études sur le système graphique et la langue des Mayas*, en los que Brasseur reprodujo las profecías de los sacerdotes mayas sobre el final del culto a los ídolos.

Se cumplían por entonces siete años desde la fundación de aquella *Commission Scientifique*, que debió mucho al empeño de Brasseur. En efecto, según atestigua el clérigo francés, dos años antes del decreto por el que se creó la Comisión, le habían propuesto de parte de Napoleón III que presidiera la Comisión Científica que debía acompañar al cuerpo expedicionario francés que iba a embarcarse para México. Después de la negativa de Brasseur, que manifestó su desagrado por la perspectiva de viajar en compañía de las tropas de ocupación, otra vez se le invitó a incorporarse al proyecto, en nombre de su nuevo promotor, el mariscal Vaillant. De todos modos, hay que relativizar la importancia de la *Commis-*

12 Cfr. Brasseur, Charles, *S'il existe des sources*, p. 1.

13 Cfr. Waldeck, Frédéric de, *Monuments anciens du Mexique. Palenque et autres ruines*, Paris, 1866.

sion Scientifique, que se resintió del carácter efímero de la presencia francesa en México y tuvo una vida breve.¹⁴

En 1871, un año antes de la muerte de Brasseur, salió de la imprenta su *Bibliothèque Mexico-Guatemalienne*, una obra erudita que contenía noticias de los documentos de que se había servido Brasseur para las investigaciones que llevó a cabo durante veinticinco años. Todavía aparecería publicada otra obra de Brasseur, el mismo año de su fallecimiento: *Dictionnaire, grammaire et chrestomathie de la langue maya, précédés d'une étude sur le système graphique des indigènes du Yucatan (Mexique)*, Paris, Maisoneuve, 1872.

Antes de cerrar este suscito repaso a lo más sobresaliente de la producción escrita de Brasseur de Bourbourg, deberán mencionarse otros libros que recogieron sus estudios sobre la historia eclesiástica de Canadá y las anotaciones de sus viajes por América Central: *Histoire du Canada, de son église et de ses missions, depuis la découverte de l'Amérique jusqu'à nos jours, écrite sur des documents inédits compulsés dans les archives de l'Archevêché et de la ville de Québec* (Paris, Sagnier et Bray, 1852, 2 vols.); *Notes d'un voyage dans l'Amérique centrale. Lettres à M. Alfred Maury* (Paris, imprenta de E. Thunot et Cía., 1855), y *De Guatemala à Rabinal, épisode d'un séjour dans l'Amérique centrale pendant les années 1855 et 1856* (París, oficinas de la *Revue européenne*, 1859).

Faltaría, en fin, por mencionarse *Voyage sur l'isthme de Tehuantepec, dans l'état de Chiapas et de la République de Guatemala*, obra realizada bajo los auspicios del Ministerio de Instrucción Pública de Napoleón III y publicada en 1859-1860; traducida al español por el Fondo de Cultura Económica y la Dirección General de Publicaciones y Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública, editada por esas instituciones en 1981 y 1984, y objeto preferente de la investigación que se desarrolla a lo largo de estas páginas. Ha de advertirse que, aunque Brasseur previó dedicar el segundo volumen a sus peripecias por Chiapas y Guatemala, nunca llegó a realizar este proyecto.

III. EL MÉXICO DE BRASSEUR DE BOURBOURG

En el estudio dedicado a Mathieu de Fossey de este mismo libro se trata con amplitud sobre la importancia que, en la cuarta década del siglo, cobró la colonización del istmo de Tehuantepec. También ahí se explican

14 Cfr. Brasseur, Charles, *Quatre lettres sur le Mexique*, pp. XIII-XIV.

con detalle las circunstancias que condujeron al fracaso de aquellos proyectos, que atrajeron la atención de tantos aventureros dentro y fuera del país. Entre ellos no pueden olvidarse los nombres de Juan Obregozo y de François Giordan, autores de un libro publicado en 1838: *Descriptions et colonisation de l'Isthme de Tehuantepec*.

Lo notable del caso es que los fracasos repetidos en la colonización de la región de Coatzacoalcos —que Brasseur atribuía a “*la guerre civile qui n’a cessé de dévorer la vitalité du Mexique*”,¹⁵ cuyos efectos destructivos le hacían evocar con nostalgia la prosperidad de que disfrutaron antaño ciudades como Tehuantepec— no desalentaron a empresarios ni colonos: todavía en 1884, Alejandro Prieto publicó un libro, en el que había recopilado la información que estimó útil para quienes hubieran de dirigir el asentamiento de colonias en el istmo.¹⁶ Sí es apreciable un cambio en la orientación de esos planes: sobre todo, a partir del año 1842, cuando José de Garay obtuvo de José María Bocanegra, ministro de Relaciones de Antonio López de Santa Anna, la concesión para construir una vía interoceánica en Tehuantepec.¹⁷

A las inquietudes provocadas por las aspiraciones estadounidenses, que se manifestaron por vez primera en 1848, siguió en 1852 la publicación de un libro de John Jay Williams que Charles Étienne Brasseur conoció a la perfección. Se trata de *El istmo de Tehuantepec, resultado del reconocimiento que para la construcción de un ferrocarril de comunicación entre los Océanos Atlántico y Pacífico ejecutó la comisión científica, bajo la dirección del Sr. J. G. Barnard*,¹⁸ ingeniero al servicio de la *Tehuantepec Railroad Co. of New Orleans*, a la que se había concedido permiso para la construcción de un ferrocarril, que luego fue revocado.¹⁹

15 “La guerra civil que no ha cesado de agotar la vitalidad de México” (Brasseur de Bourbourg, Charles, *Voyage sur l’isthme de Tehuantepec dans l’État de Chiapas et la République de Guatemala: exécutée dans les années 1859 et 1860, par l’abbé Brasseur de Bourbourg, Membre des Sociétés de Géographie de Paris, de Mexico, etc., Ancien Administrateur ecclésiastique des Indiens de Rabinal, Chargé d’une mission scientifique de S. E. M. le Ministre de l’Instruction publique et des Cultes dans l’Amérique-Centrale*, Paris, Arthus Bertrand, 1861, p. 17). Véase también *ibidem*, pp. 138 y 146-148. Puede consultarse además la traducción al español: Brasseur, Charles, *Viaje por el istmo de Tehuantepec*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981 y 1984.

16 Prieto, Alejandro, *Proyectos sobre la colonización del istmo de Tehuantepec*, México, Ignacio Cumplido, 1884.

17 Cfr. Baranda, Joaquín, *Recordaciones históricas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, vol. II, pp. 138-139, y Fernández Mac Gregor, Genaro, *El istmo de Tehuantepec y los Estados Unidos*, México, s. e., 1954, pp. 13-19.

18 Esta obra fue publicada en México por Vicente García Torres, en el año ya indicado de 1852.

19 Cfr. Baranda, Joaquín, *Recordaciones históricas*, vol. II, pp. 139-141.

No mucho después, Brasseur tuvo ocasión de tratar directamente con los responsables de la *Compañía Luisianesa de Tehuantepec* que, en 1857, obtuvo el privilegio para abrir una comunicación interoceánica en el istmo. En efecto, Brasseur llegó a Minatitlán en mayo de 1859 a bordo de un vapor estadounidense, el *Guazacoalcos*, fletado por la Luisianesa. Lo acompañaban numerosos pasajeros que eran personas a las que había contratado la compañía, “*ou désireux de s’engager avec elle, pour travailler sur l’isthme ou obtenir quelque emploi dans l’administration du transit qui continuait laborieusement à s’organiser à cette époque*”.²⁰ Para entonces, la empresa alentada por la Luisianesa gozaba de una notable popularidad, estimulada por medio de un diario ilustrado, que contenía vistas, croquis y paisajes del istmo.²¹ No tardarían en manifestarse alarmantes síntomas de debilidad, provocados por la mala gestión de la compañía, que no fiscalizó con el necesario cuidado la actuación de sus empleados establecidos en el istmo.²² La suspensión de los trabajos de la Luisianesa no fue sino el corolario obligado de ese estado de cosas: aunque las autoridades mexicanas decretaron de inmediato la requisición de los bienes de la compañía, Juárez canceló esa medida y ordenó que se levantaran los secuestros impuestos a sus propiedades.²³

Un mes antes del desembarco de Brasseur en Minatitlán, Estados Unidos había reconocido al gobierno de Benito Juárez. A cambio se gestionó el tratado de Mac Lane-Ocampo que, aunque llegó a firmarse en diciembre de 1859, encontró el rechazo del Senado estadounidense. México corrió con suerte, porque una de las cláusulas que se establecieron otorgaba a Estados Unidos derechos de perpetuidad sobre el tránsito por el istmo de Tehuantepec, con la consiguiente afrenta a la soberanía nacional mexicana.²⁴

Aunque Brasseur coincidió con Robert Mac Lane en Minatitlán, incurre en cierta imprecisión cuando relata la anterior estancia de Mac Lane en Veracruz, adonde había llegado el 31 de marzo de 1859.²⁵ En efecto, la

20 “O deseos[a]s de trabajar en el istmo u obtener algún empleo en la administración del tránsito que seguía organizándose laboriosamente en esta época” (Brasseur de Bourbourg, Charles, *Voyage sur l’isthme de Tehuantepec*, p. 8). Véase también *ibidem*, pp. 18-19.

21 Cfr. *ibidem*, p. 11.

22 Cfr. *ibidem*, pp. 77-78 y 115-116.

23 Cfr. *ibidem*, pp. 204-207.

24 Cfr. Fernández Mac Gregor, Genaro, *El istmo de Tehuantepec y los Estados Unidos*, pp. 135-220.

25 Cfr. Brasseur de Bourbourg, Charles, *Voyage sur l’isthme de Tehuantepec*, pp. 23-42.

información de que dispuso era indirecta, proporcionada por John Mac Keod Murphy, senador por el estado de Nueva York, antiguo colaborador del mayor Barnard y personaje cercano a los directivos de la Compañía Luisianesa. Además, la versión de Murphy era incompleta; se sustentaba a su vez en lo que le había contado Émile La Sère, presidente de la compañía, y se refería sólo a las gestiones diplomáticas de Mac Lane que culminaron en el reconocimiento del gobierno de Juárez. Apenas indicaba esa fuente nada acerca de la tramitación del tratado ni de los contenidos del acuerdo: sólo se mencionaba la habilidad de La Sère para engatusar a Mac Lane, deslumbrándolo con la gloriosa perspectiva de “*obtenir de nouvelles concessions sur l’isthme de Tehuantepec et à assurer, par un nouveau traité, la prépondérance américaine dans ces contrées*”.²⁶

En realidad, el gobierno de James B. Buchanan se había mostrado favorable al reconocimiento de Juárez, siempre y cuando quedara asegurada una contrapartida satisfactoria para Estados Unidos. Según Ralph Roeder, asaltaron después algunas dudas a Buchanan, y acordó dejar libertad de decisión a Mac Lane para que, discrecionalmente, otorgara o no el reconocimiento. El representante estadounidense procedió con excesiva premura, pues a los cinco días de su llegada a Veracruz había presentado ya sus credenciales al presidente Juárez. A partir de entonces, convencido indudablemente de haber obrado con ligereza, resolvió adoptar los lentos procedimientos de Buchanan, y avanzar sin prisas en las discusiones del tratado.²⁷

La estancia de Charles Étienne Brasseur en una región como Tehuantepec, tan sujeta a las agitaciones de las guerras civiles que asolaron México en el tramo central del siglo, se refleja en muchas páginas de su *Voyage sur l’isthme*. Hay un pasaje, que reproducimos en su integridad, que describe la pugna entre liberales y conservadores, tal y como se presentaba a los ojos de Brasseur:

deux partis divisaient ce beau pays: l’un, soi-disant défenseur de l’Église catholique, occupait avec la capitale ses environs immédiats, ainsi qu’une portion de l’État fédéral et de ceux de Jalisco, de Guanajuato, de Queretaro,

26 “Obtener nuevas concesiones en el istmo de Tehuantepec y asegurar, mediante un nuevo tratado, la preponderancia norteamericana en estas regiones” (*ibidem*, p. 39).

27 Cfr. Roeder, Ralph, *Juárez y su México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, pp. 290-300. Véase también Fuentes Mares, José, *Juárez y los Estados Unidos*, México, Jus, 1972, pp. 108-115, y Zorrilla, Luis G., *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América 1800-1958*, México, Porrúa, 1965, vol. I, pp. 388-390.

*de la Puebla et de la Vera-Cruz; à la tête de ce parti est encore aujourd'hui le général Miramon, officier jeune, actif, entreprenant et rempli de courage, mais peut-être trop militaire et trop Espagnol pour être en état de conduire les rouages putréfiés de ce gouvernement. Dans le reste des États de la confédération mexicaine, on reconnaît nominalement l'autorité de Juárez, président du parti qui s'intitule libéral, quoique par la difficulté qu'il y a à correspondre avec ces diverses provinces, il y ait en réalité autant de présidents qu'il y a de généraux en chef ou de gouverneurs suprêmes. Fortifié à la Vera-Cruz, Juárez y a pour appui et pour porte de derrière le château de San-Juan de Ulloa, la mer et les vaisseaux des États-Unis.*²⁸

Pero, como admite Brasseur, existían otras razones coadyuvantes que apenas si eran conocidas en el extranjero, porque ni siquiera los propios partidos en pugna se preocupaban de explicarlas. Expulsados los españoles de México, los criollos se sintieron herederos exclusivos de los privilegios que aquéllos habían disfrutado hasta entonces en su propio beneficio. Contra esa pretensión reaccionaron los mestizos que, como los criollos, habían tomado parte activa en la lucha independentista contra España. “*Actuellement, les Indiens, eux-mêmes, qui commencent, en quelques provinces, à se mêler au mouvement intellectuel, sans avouer ouvertement leur origine, prennent part à la lutte où ils entrevoient l'entier affranchissement de leur race*”.²⁹ Así, pues, las luchas partidistas y las banderas de la Iglesia y del credo liberal no eran sino máscaras de que se servían, de una parte, los herederos de los conquistadores y, de otra, las razas cruzadas e indígenas, para alcanzar una victoria que les diese un poder exclusivo. No es que el partido de los indígenas y mestizos, que buscaba reconquistar sus derechos, rechazara a la Iglesia: “*ce qui est bien*

28 “Dos partidos dividían este hermoso país: uno, diciéndose defensor de la Iglesia católica, ocupaba la capital y sus alrededores inmediatos, así como una parte del Distrito Federal y los estados de Jalisco, Guanajuato, Querétaro, Puebla y Veracruz; a la cabeza de este partido está todavía hoy el general Miramón, joven oficial, activo, emprendedor y lleno de valentía, pero quizá demasiado militar y demasiado español para ser capaz de conducir los mecanismos putrefactos de este gobierno. En el resto de los estados de la confederación [*sic*] mexicana se reconocía nominalmente la autoridad de Juárez, presidente del partido liberal, aunque, por la dificultad que hay en comunicarse con estos diversos estados, había en realidad tantos presidentes como hay generales en jefe o gobernadores supremos. Fortificado en Veracruz, Juárez tiene por apoyo y como puerta de salida el castillo de San Juan de Ulúa, el mar y los buques de los Estados Unidos” (Brasseur de Bourbourg, Charles, *Voyage sur l'isthme de Tehuantepec*, pp. 109-110).

29 “Actualmente los propios indios, que comienzan en algunas provincias a mezclarse al movimiento intelectual, sin confesar abiertamente su origen, toman parte en la lucha que parece mostrarles la completa liberación de su raza” (*ibidem*, pp. 112-113).

certain, c'est que ce n'est pas à l'Église qu'ils ne veulent: ils sont catholiques, ils le sont tous et plus qu'on en saurait l'imaginer. Ce qu'ils poursuivent, c'est l'extinction d'une domination étrangère qui, il faut le dire, n'a trouvé malheureusement que trop d'appui dans le haut clergé".³⁰

Aunque las condiciones parecían dadas para una conflagración generalizada, una guerra de castas que no se conformara sino con la extinción física de uno de los bandos contendientes, Brasseur —que parece convencido de que la victoria iba a decantarse del lado de los liberales, al que asociaba a las poblaciones mestizas e indígenas— encuentra razones para un moderado optimismo. Amantes de la libertad, las razas mixtas deberán pensar que, para prevalecer, necesitan de la unión y de la obediencia al poder establecido; y cabía esperar que ese poder fuera adquiriendo mayor fortaleza y estabilidad: *"l'indépendance de l'étranger, l'extinction de la prépondérance d'une race sur une autre, le respect des droits de tous ne sauraient exister avec ces oligarchies turbulentes et faibles qui ont dévoré sa vitalité durant tant d'années"*.³¹

No acierta a explicar Brasseur por qué se operaría ese proceso en virtud del cual se asentarían la sensatez y la rectitud como por ensalmo. Porque las razones que aduce, fundadas en el tradicional respeto a la autoridad de los indígenas, y en su profundo sentido religioso, no convencen a nadie: *"dans de telles conditions, ils peuvent donc espérer, sous un gouvernement fort, d'obtenir l'égalité légale et de voir l'Église catholique reprendre parmi eux une juste et légitime influence"*.³²

Brasseur recuerda los pormenores de las luchas civiles en Oaxaca, de las que había sido testigo presencial: un conflicto que brindaba la ocasión propicia a las bandas armadas, que vivían del robo y del pillaje, para disfrazar sus violencias asesinas con la defensa de los principios esgrimidos por los "patricios" o los "juchitecos".³³ Rebosan frescura y dramatismo las páginas del *Voyage sur l'isthme* dedicadas a narrar el desasosiego que sembraban entre los habitantes de la región de Tehuantepec las correrías

30 "Cierto, pero lo que está lejos de serlo es que no quieran a la Iglesia: son católicos y lo son tanto y más de lo que uno se podría imaginar. Lo que ellos persiguen es la extinción de una dominación extranjera que, hay que decirlo, no ha encontrado, desgraciadamente, sino demasiado apoyo en el alto clero" (*ibidem*, p. 113). Véase también *ibidem*, p. 150.

31 "La independencia del extranjero, la extinción de la preponderancia de una raza sobre otra, el respeto de los derechos de todos no podrían existir con estas oligarquías turbulentas y débiles que han devorado su vitalidad durante tantos años" (*ibidem*, p. 114).

32 "En tales condiciones ellos pueden, por tanto [?], bajo un gobierno fuerte, esperar la igualdad legal y ver a la Iglesia católica volver a tener entre ellos una justa y legítima influencia" (*idem*).

33 *Cfr. ibidem*, p. 115.

de unos y otros, o las noticias que llegaban sobre la derrota de Degollado frente a Miramón, ante las mismas puertas de la ciudad de México.³⁴

No obstante, la pugna entre Juchitán y Tehuantepec parece desbordar el ámbito de los enfrentamientos entre liberales y conservadores, para arraigarse más bien en antiguas rivalidades, avivadas por el establecimiento de la República federal, y por las amenazas crecientes sobre tierras y salinas de explotación comunal. Dirijamos, pues, una atenta mirada retrospectiva al cambiante marco político-administrativo de la región, desde que la caída de Agustín de Iturbide preparara el camino para la instauración de un régimen federal.

El decreto del 14 de octubre de 1823 había erigido la provincia del istmo, formada por las jurisdicciones de Acayucan y Tehuantepec;³⁵ pero, pronto se dio marcha atrás y se dispuso, por el artículo 7o. del Acta Constitutiva de la Federación, que la división en partidos y pueblos volviera a la situación anterior.

En los debates sobre esa proyectada reorganización jurisdiccional de los pueblos de la provincia del istmo se produjo una intervención de José María Becerra, a fines de enero de 1824 que, lamentablemente, no fue escuchada con la necesaria atención. Recomendó este diputado que, “supuestos los principios de disolución de todo acto anterior, se explore la voluntad así de Tehuantepec como de Colima, y en vista de ella determine el Congreso si han de ser ó no estados ó á cual se han de agregar”.³⁶

Desde entonces, las cosas no cesaron de empeorar para los habitantes del istmo, que vieron sus tradicionales sistemas de propiedad y de explotación de las salinas afectados por las leyes aprobadas por el Congreso de Oaxaca a lo largo de 1824. El momento más candente llegó con una ley agraria del estado de Oaxaca de 1826 que, al privar de representatividad a

34 Cfr. *ibidem*, pp. 125-126.

35 Cfr. Dublán, Manuel y Lozano, José María, *Legislación mexicana ó Colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la independencia de la República*, México, Imprenta del Comercio, a cargo de Dublán y Lozano, Hijos, 1876-1890, t. I, núm. 371, pp. 682-684 (14 de octubre de 1823); Orozco, Wistano Luis, *Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos, por el Licenciado...*, México, Imp. de El Tiempo, 1895, vol. I, pp. 183-185, y Berninger, Dieter George, *La inmigración en México (1821-1857)*, México, Secretaría de Educación Pública, Sep-Setentas, 1974, pp. 65-66.

36 Intervención de José María Becerra ante el Congreso, el 29 de enero de 1824: *Acta Constitutiva de la Federación. Crónicas*, México, Secretaría de Gobernación, Cámaras de Diputados y de Senadores del Congreso de la Unión, Comisión Nacional para la conmemoración del Sesquicentenario de la República Federal y del Centenario de la Restauración del Senado, 1974, p. 568 (29 de enero de 1824).

las comunidades, las inhabilitó para defender sus intereses en los litigios que se libraban ante los tribunales.

La irritación de los indios se tradujo en una revuelta de zapotecos que, en 1827, reivindicaron con violencia sus tierras y sus bienes; y —siete años después— en un levantamiento armado de los juchitecos, secundado por zapotecos, huaves, zoques y chontales, y dirigido contra el despojo territorial y el monopolio de las salinas y lagunas, que no pudo ser controlado del todo hasta mediados de siglo, después de nuevos estallidos de violencia: uno en 1844-1845 —que obligó a intervenir al general Juan Álvarez, en búsqueda de la pacificación—, y en 1849, el otro, desatado éste por huaves y chontales y apoyado posteriormente por los zapotecos, que reclamaban la propiedad histórica de los yacimientos de sal. Tras una alianza coyuntural con el movimiento político apadrinado por el coronel Gregorio Meléndez, que proyectaba la segregación de Juchitán de Oaxaca y su conversión en territorio, los indígenas se desvincularon de estas demandas y retornaron a sus exigencias de control sobre sus recursos naturales.³⁷

El gobierno nacional no ocultó su alarma por la coincidencia de esta última revuelta con la insurrección de los mayas yucatecos; los efectos desestabilizadores del *Plan político y eminentemente social proclamado en esta ciudad por el Ejército Regenerador de Sierra Gorda* del 14 de marzo de 1849, expedido en Río Verde por Eleuterio Quiroz, y la guerra promovida en los estados fronterizos del norte por los indios “bárbaros”, cuyas correrías en Chihuahua y Durango aconsejaron el brutal recurso a contratas de sangre, como se llamaba a las recompensas que se concedía por cada indio muerto o prisionero.³⁸

37 Cfr. Barabas, Alicia M., “Rebeliones e insurrecciones indígenas en Oaxaca: la trayectoria histórica de la resistencia étnica”, en Barabas, Alicia M. y Bartolomé, Miguel A. (coords.), *Etnicidad y pluralismo cultural. La dinámica étnica en Oaxaca*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 1990, pp. 247-250; Reina, Leticia, *Las rebeliones campesinas en México (1819-1906)*, México, Siglo Veintiuno, 1980, pp. 240-242; Reina, Leticia (coord.), *Las luchas populares en México en el siglo XIX*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Cuadernos de La Casa Chata, 1983, pp. 53-54 y 60-61; Covarrubias, Miguel, *El sur de México*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1980, p. 275, y Hamnett, Brian, *Juárez*, London-New York, Longman, 1994, pp. 40-42.

38 Cfr. Castañeda Batres, Óscar, *Leyes de Reforma y etapas de la Reforma en México*, México, Talleres de Impresión de Estampillas y Valores, 1960, p. 193; Meyer, Jean, *Problemas campesinos y revueltas agrarias (1821-1910)*, México, Secretaría de Educación Pública, Sep-Setentas, 1973, pp. 13-14 y 64-66; Riva Palacio, Vicente et al., *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, científico y literario de México desde la Antigüedad más remota hasta la época actual. Obra única en su género publicada bajo la dirección del general...*, t. IV: *México independiente 1821-1855 escrita por D. Enrique Olavarría y Ferrarí*, México, Gustavo S. López editor, 1940, pp. 725 y 733, y Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López,

Resulta, pues, lógico que el *status* de Tehuantepec fuera objeto de discusiones y cambios entre 1853 y 1857. Finalmente, desapareció como entidad política autónoma, sin que fuera escuchada la voz de zapotecos, huaves, mixes, zoques, popolucas ni nahuas, sujetos en su mayoría a un proceso que, impulsado por la privatización de los recursos naturales, las crisis agrícolas y las epidemias, había borrado del mapa a numerosas poblaciones indígenas, y que se tornó aún más amenazador después del tratado MacLane-Ocampo, de 1859 (véase *supra*).³⁹

Brasseur enuncia someramente el desarrollo de los conflictos en Tehuantepec a partir de 1850, cuando tuvo lugar el ya mencionado levantamiento de Meléndez, un mestizo de Juchitán que abrigaba un implacable odio contra los dirigentes del estado de Oaxaca, que le habían denegado el acceso al cargo de gobernador de Tehuantepec.⁴⁰

La ocasión fue propiciada por el establecimiento de un nuevo impuesto sobre la sal y por la aparición de una epidemia de cólera. Meléndez responsabilizó a los criollos de ambos males, persuadió a los juchitecos para que se lanzaran sobre Tehuantepec, y logró el apoyo de los indígenas de Huilotepec, San Jerónimo e Iztaltepec. Enseguida logró la ocupación de Tehuantepec que, extorsionada y saqueada, quedó en manos de los insurgentes durante un año. Los éxitos militares de Meléndez obligaron al gobierno a claudicar: ofreció garantías al jefe insurrecto, que se retiró a la frontera con Guatemala, y abolió el catastro y el impuesto sobre la sal.⁴¹

Aunque durante la presidencia de Santa Anna, los criollos se movilizaron para recuperar el poder que había escapado de sus manos, el levan-

María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1998, pp. 387-389 y 593.

39 Cfr. Reina Aoyama, Leticia, “Los pueblos indios del istmo de Tehuantepec. Readecuación económica y mercado regional”, en Escobar Ohmstede, Antonio (coord.), *Indio, nación y comunidad en el México del siglo XIX*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1993, pp. 141-142; Aboites Aguilar, Luis, *Norte precario. Poblamiento y colonización en México (1760-1940)*, México, El Colegio de México-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1995, pp. 50-51; Covarrubias, Miguel, *El sur de México*, p. 216; Scholes, Walter V., *Política mexicana durante el régimen de Juárez 1855-1872*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, pp. 60-64, y “Manifiesto de Miguel Miramón en contra del Tratado Mac Lane-Ocampo (1 de enero de 1860)”, en Iglesias González, Román, *Planes políticos, proclamas, manifiestos y otros documentos de la Independencia al México moderno, 1812-1940*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1998, pp. 383-385.

40 Cfr. Brasseur de Bourbourg, Charles, *Voyage sur l’isthme de Tehuantepec*, p. 148.

41 Cfr. *ibidem*, pp. 148-159.

tamiento del general Juan Álvarez y la abdicación del dictador se volvieron en su contra y alentaron un recrudecimiento de la guerra civil, que aún se agravó más con la caída de Ignacio Comonfort. Ése fue el contexto en que la pugna entre juchitecos y patricios se tiñó de ideologías políticas: Juchitán, la generalidad de los indígenas de la región y los mestizos en que predominaba el componente indígena se alinearon en su mayoría en el bando liberal, mientras que la población blanca optó preferentemente por el partido conservador.⁴²

La presencia de una guarnición de soldados juchitecos⁴³ en Tehuantepec, semidesnudos, acompañados de concubinas, mujeres e hijos, y ajenos a las más elementales nociones de disciplina, provoca en Brasseur una profunda desazón —“*mon coeur se soulevait de dégoût*”⁴⁴—, que alcanza su máximo cuando, por la noche, al toque de retreta, “*les bandits, décorés du nom de soldats, vont rentrer à la caserne. Erreur; ils resteront dehors, avec ou sans permission, peu importe, afin de faire le coup de main*”.⁴⁵ Las angustias del pacífico clérigo suben de punto cuando llegan a sus oídos noticias de los preparativos que hacían los patricios, a las órdenes de Manzano, para atacar la ciudad de Tehuantepec;⁴⁶ y una elemental prudencia le aconseja abandonar una región que se ha vuelto en extremo peligrosa después de que, rechazados los asaltantes de Tehuantepec, vencedores y vencidos luchan en los campos de los alrededores y se entregan al robo de los viajeros y al saqueo de las haciendas.⁴⁷

Pero las simpatías del francés, pese a su condición clerical, parecen decantarse siempre hacia el bando liberal, probablemente por el atractivo de algunas de las personalidades de la facción que tuvo oportunidad de

42 Cfr. *ibidem*, pp. 149-150.

43 Sobre la fama de arrojados de los juchitecos, cfr. Williams, John Jay, *El istmo de Tehuantepec, resultado del reconocimiento que para la construcción de un ferrocarril de comunicación entre los Océanos Atlántico y Pacífico ejecutó la comisión científica, bajo la dirección del Sr. J. G. Barnard*, Méjico, Vicente García Torres, 1852, p. 287. También Leticia Reina ha destacado recientemente el aprecio que se hacía del talante guerrero de los juchitecos: “de manera que siempre que el ejército mexicano tenía necesidad de ‘contingentes de sangre’ hacía una leva en Juchitán”: Reina Aoyama, Leticia, “Etnicidad y género entre los zapotecos del istmo de Tehuantepec, México, 1840-1890”, en Reina, Leticia (coord.), *La reindianización de América, siglo XIX*, México, Siglo Veintiuno-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1997, p. 352.

44 “Mi corazón se sublevaba de repugnancia” (Brasseur de Bourbourg, Charles, *Voyage sur l’isthme de Tehuantepec*, p. 155). Véase también *ibidem*, p. 153.

45 “Los bandidos, decorados con el nombre de soldados, van a regresar al cuartel. Error: van a quedarse afuera, con o sin permiso, poco importa, para hacer de las suyas” (*ibidem*, p. 161).

46 Cfr. *ibidem*, pp. 195-196.

47 Cfr. *ibidem*, pp. 207-208.

conocer: tal parece que fue el caso de Porfirio Díaz, de quien escribe lleno de admiración:

*zapotèque pur sang, il offrait le type indigène le plus beau que j'eusse encore vu dans tous mes voyages: je crus à l'apparition de Cocijopij, dans sa jeunesse, ou de Guatimozin, tel que je me l'étais souvent figuré. Grand, bien fait, d'une distinction remarquable, son noble visage, agréablement bronzé, me paraissait dénoter les caractères les plus parfaits de l'ancienne aristocratie mexicaine.*⁴⁸

IV. LAS APRECIACIONES DE BRASSEUR DE BOURBOURG

Como declara el propio Brasseur, su embarque a bordo del *Guaza-coalcos* con destino a Tehuantepec respondía al propósito de servirse de esa vía marítimo-terrestre para adentrarse en el estado de Oaxaca o en el de Chiapas, e incrementar sus conocimientos sobre las regiones meridionales de la República mexicana, antes de tomar el camino para Guatemala.⁴⁹ Para esas fechas, Brasseur presumía de poseer un importante bagaje de erudición sobre asuntos de México, hasta el grado de permitirse criticar la ignorancia de los que inventaron el nombre de Minatitlán, un pueblo fundado al comienzo de la Independencia y llamado así en honor del general Mina: “Mina-ti-tlan est un nom qui sonne d'une manière tout à fait mexicaine; mais l'idée étymologique en est absurde; ti est une élégance ou ligature, et tlan une position, entre, au milieu, auprès... Minatitlán dit donc exactement Entre ou Auprès des Mina”.⁵⁰

Las observaciones de Charles Brasseur sobre los indígenas que habitaban el difícil medio geográfico de Tehuantepec, caracterizado por una naturaleza salvaje, recuerdan las primeras anotaciones de Mathieu de Fossey, impresionado vivamente como Brasseur por la capacidad de adaptación de los indígenas a condiciones naturales extremas. Así, registra con admiración este último, sólo el indio, descalzo y armado de su machete,

48 “Zapoteco puro, ofrecía el tipo indígena más hermoso que hasta ahora he visto en todos mis viajes: creí que era la aparición de Cocijopij, joven, o de Guatimozin, tal como me lo había imaginado a menudo. Alto, bien hecho, de una notable distinción; su rostro de una gran nobleza, agradablemente bronceado, me parecía revelar los rasgos más perfectos de la antigua aristocracia mexicana” (*ibidem*, p. 156).

49 Cfr. *ibidem*, pp. 3, 126-127 y 207-208.

50 “Mina-ti-tlán es un nombre que suena de una manera completamente mexicana, pero la idea etimológica es absurda: *ti* es una elegancia o ligadura, y *tlan* es una posición (entre, en medio, junto a)... *Minatitlán* quiere decir, pues, exactamente, *entre* o *cerca de los Mina*” (*ibidem*, pp. 17-18, nota 1).

encuentra la salida entre los laberintos de la selva: “*il connoît les dédales les plus tortueux de la forêt; il pose avec sûreté son pas dans le marais, suit la trace des bêtes fauves, et avec un rameau chargé de feuillage, trouve le moyen de défier le tigre le plus cruel*”.⁵¹

El mismo deslumbramiento ante las fuerzas vírgenes de la naturaleza reaparece en un episodio posterior, en el que Brasseur describe a un indio “completamente desnudo”, que descendió de una piragua y se lanzó al agua para ayudar a Brasseur y sus acompañantes a alcanzar una canoa.⁵² Buen observador de su entorno, el abate francés no quedó prendido en la contemplación de los mitos rousseauianos, y caló en la importancia del desarrollo del comercio practicado por los indios de Guichicovi, a lomos de mulas que descendían de las que introdujeron los españoles.⁵³

Efectivamente, los comerciantes desempeñaron un destacado papel en esta época, en la medida en que facilitaron los contactos entre regiones vecinas, pero diferentes ecológicamente: ello les valió la adquisición de riqueza, prestigio y poder. El auge de las actividades mercantiles explica la honda transformación experimentada por Juchitán, que acabó por convertirse en una ciudad fundamentalmente artesanal y comercial.⁵⁴ Tal vez sea preciso añadir, sin embargo, que fueron los europeos y no los indígenas los principales beneficiados por el desarrollo del comercio.⁵⁵

Brasseur no sólo destacó la inteligencia práctica de las razas indígenas, cualidad que solían reconocer muchos extranjeros, sino también “*une rare aptitude pour les sciences, en dépit de leur contenance trop souvent menteuse*”.⁵⁶ Esa simpatía hacia el mundo indígena se manifiesta también en sucesivas comparaciones, en las que aquél sale siempre bien parado. Por ejemplo, cuando recuerda las pésimas condiciones de algunas posadas gestionadas por estadounidenses, no deja de establecer el con-

51 “Conoce los dédalos más intrincados del bosque; pisa con seguridad entre los pantanos, sigue la huella de las bestias salvajes y con una rama llena de hojas encuentra el modo de enfrentar al tigre más cruel” (*ibidem*, p. 21).

52 Cfr. *ibidem*, p. 69.

53 Cfr. *ibidem*, p. 108. John Jay Williams había dado otra interpretación a la nutrida presencia de mulas entre los mixes del istmo: “uno de los objetos extraños de su ambición es el deseo de poseer el mayor número de mulas que les es posible, lo que no puede explicarse en vista del poco uso que hacen de sus animales, aun para conducir sus cosas, pues prefieren llevarlas á hombros ellos mismos”: Williams, John Jay, *El istmo de Tehuantepec*, pp. 284-285.

54 Cfr. Reina Aoyama, Leticia, “Etnicidad y género entre los zapotecas del istmo de Tehuantepec, México, 1840-1890”, pp. 349-351.

55 Cfr. Williams, John Jay, *El istmo de Tehuantepec*, p. 275.

56 “Una rara aptitud para las ciencias, a pesar de su calma, muy a menudo engañosa” (Brasseur de Bourbourg, Charles, *Voyage sur l’isthme de Tehuantepec*, p. 110).

traste entre ese descuido y la hospitalidad que, en varias ocasiones, le habían brindado gentes pertenecientes a etnias indígenas.⁵⁷

No oculta Brasseur su molestia por la actitud prepotente de algunos estadounidenses establecidos en la región de Tehuantepec: y así lo manifiesta un comentario suyo acerca de unas mujeres indígenas empleadas en el hotel que regía un antiguo filibustero denominado Nash que, después de haber residido en Guatemala, se estableció en la región del istmo: “*plusieurs indiennes zapotèques, formant le harem de ce sultan yankee, trituraient le maïs sur le metlatl*”.⁵⁸ En abierto contraste con esa observación hay que advertir que fueron bastantes los extranjeros que acudieron a Tehuantepec para quedarse a vivir ahí, y que se casaron con mujeres zapotecas: fueron estos “criollos nuevos” —como dieron en ser llamados— quienes cambiaron su lengua y sus costumbres, y se avinieron a identificarse con la cultura de sus esposas. La procedencia de esas personas es muy heterogénea: los hay españoles (Maqueo, Nivón, Rueda), franceses (Gyves), ingleses (Wooldrich, Oest)...⁵⁹

La misma hostilidad hacia los estadounidenses manifiestan unas palabras que Brasseur pone en boca de Eusebio, un muchacho zapoteco de poco más de doce años: “*c’est que l’on dit partout que les Américains sont des infidèles qui troublent les morts dans leurs tombeaux*”.⁶⁰ Brasseur añade que, ante un razonamiento tan justo, nada tenía que añadir; pues, en efecto, desde los tiempos del mayor Barnard habían sido saqueados numerosos túmulos por viajeros estadounidenses que, desconocedores del respeto celoso con que los indígenas guardaban los viejos edificios y las tumbas de sus padres, arramplaron con osamentas, ídolos y vasos de todos los tamaños.⁶¹ El mismo Murphy, hacia quien Brasseur profesaba tanta simpatía, regresó de una expedición a Huatulco cargado de ídolos y objetos arqueológicos que había encontrado en la antigua ciudad de ese nombre.⁶² Además, la caza de felinos que practicaban los norteamericanos sembraba la angustia entre los indígenas, aterrorizados ante el pensa-

57 Cfr. *ibidem*, pp. 72, 84 y 92.

58 “Varias indias zapotecas, que formaban el harén de este sultán yanqui, trituraban el maíz sobre el *metlatl*” (*ibidem*, p. 96).

59 Cfr. Reina Aoyama, Leticia, “Etnicidad y género entre los zapotecas del istmo de Tehuantepec, México, 1840-1890”, p. 354.

60 “Es que en todas partes dicen que los norteamericanos son herejes que molestan a los muertos en sus tumbas” (Brasseur de Bourbourg, Charles, *Voyage sur l’isthme de Tehuantepec*, p. 171).

61 Cfr. *ibidem*, p. 172.

62 Cfr. *ibidem*, p. 167.

miento de que la muerte del nahual encarnado en esos animales pudiera acarrear el término de sus propias existencias.⁶³

Al referirse a las dificultades económicas de la Compañía Luisianesa, que repercutían en el impago de los sueldos de sus empleados, Brasseur dirige una mirada especialmente conmisericordiosa hacia los pobres indios que desempeñaban oficios de muy diverso orden, y a quienes se debían largos adeudos.⁶⁴ Hay ocasiones, sin embargo, en que Brasseur abandona su habitual espíritu comprensivo, y se impacienta con las respuestas ambiguas que obtiene de los indígenas, tan aficionados al exasperante “¿quién sabe?” cuando desean eludir la respuesta a una pregunta comprometida.⁶⁵

Brasseur distingue habitualmente entre indios, mestizos y criollos; y, de modo menos justificado, asienta algunas veces una categoría aparte para los mexicanos. Así parece deducirse de varias enumeraciones: “*Indiens, Mexicains, métis, étrangers*”;⁶⁶ “*Mexicaines, créoles ou métisses*”;⁶⁷ “*Mexicains, créoles, métis, Américains et autres étrangers*”;⁶⁸ “*Indiens et métis*”;⁶⁹ “*des Indiens ou des métis*”;⁷⁰ “*ladinas, métisses ou créoles*”.⁷¹ Advierte además que mestizos y criollos tienden a concentrarse en las poblaciones de más importancia, como Acayucan, donde también había algunos extranjeros,⁷² y que las relaciones entre indios y mestizos son conflictivas: “*Les amis de la Didjaza [véase infra], qui sont-ils? -Tous les Indiens sont ses amis; malheur aux Ladinos qui voudraient lui faire du mal!*”.⁷³

63 Cfr. *ibidem*, p. 173.

64 Cfr. *ibidem*, p. 116.

65 Cfr. *ibidem*, pp. 170 y 209.

66 “Indios, mexicanos, mestizos, extranjeros” (*ibidem*, p. 32).

67 “Mexicanas, criollas o mestizas” (*ibidem*, p. 36).

68 “Mexicanos, criollos, mestizos, norteamericanos y otros extranjeros” (*ibidem*, p. 45).

69 “Indios y mestizos” (*ibidem*, p. 64).

70 “Indios o mestizos” (*ibidem*, p. 73).

71 “Ladinas, mestizas o criollas” (*ibidem*, p. 194). Esos distinguos no son originales de Brasseur. Así, cuando Robert Williams Hale Hardy trata de los yaquis y de otros grupos indígenas de la frontera norte, los menciona como un grupo diferenciado de los “mexicanos”: un adjetivo que sí aplica a la población blanca de Sonora. Hardy, a fin de cuentas, no es sino un exponente más de la sensibilidad difundida en el mundo anglosajón, donde la población aborigen es mantenida al margen: cfr. *Documentos de la relación de México con los Estados Unidos I. El mester político de Poinsett [noviembre de 1824-diciembre de 1829]*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1983, pp. 104-105 y 113-115.

72 Cfr. Brasseur de Bourbourg, Charles, *Voyage sur l'isthme de Tehuantepec*, p. 51.

73 “-Los amigos de la Didjázá, ¿quiénes son? -Todos los indios son sus amigos, ¡ay de los ladinos que quisieran hacerle mal!” (*ibidem*, p. 188).

Tantas eran las diferencias entre mestizos e indios, que Brasseur recurre a esta clave para explicar la hostilidad tan marcada entre Tehuantepec y Juchitán (véase *supra*). Esta última ciudad, habitada casi en su totalidad por zapotecos y mixes, llevaba mal su dependencia de Tehuantepec, donde residía la autoridad gubernamental y donde mestizos y criollos habían constituido tradicionalmente el sector mayoritario de la población: los primeros conservaban su importancia numérica cuando Brasseur visitó la región, en tanto que las familias descendientes de españoles habían quedado reducidas a unas pocas. El carácter interétnico de Tehuantepec se completaba por la presencia de zapotecos y de algunos extranjeros, principalmente alemanes, franceses y estadounidenses.⁷⁴

También alcanza Brasseur a distinguir correctamente entre unas y otras etnias, y a percatarse de la existencia de mexicas en algunas regiones de Tehuantepec, como el pueblo de Cozoliacaque, “*peuplé par plus de 2,000 Indiens d’origine aztèque, parlant tous la langue mexicaine, tous éminemment pacifiques et laborieux*”, y en otras localidades, como Otiapa, Chinameca y Teziztepec.⁷⁵ Conocedor de los descubrimientos arqueológicos de John L. Stephens en Yucatán, Brasseur advierte similitudes entre unas huellas de manos en color negro, que se hallaban en una de las grutas de Santo Domingo, cercanas a Petapa, y las que el norteamericano había encontrado en los muros de numerosas ruinas de Uxmal.⁷⁶

Cautivado Brasseur por la atractiva personalidad de una mujer zapoteca de Tehuantepec, conocida como “la *Didjazá*”, a la que se atribuían misteriosos poderes mágicos, el francés se explaya a gusto sobre el nahualismo (véase *infra*) y colma de elogios al idioma zapoteco, cuya musicalidad se redoblaba en los labios de la *Didjazá*: “*rien n’était mélodieux comme sa voix, lorsqu’elle parlait avec l’un ou l’autre cette belle langue zapotèque, si douce et si sonore, et qu’on pourrait appeler l’italien de l’Amérique*”.⁷⁷

Brasseur no deja de impresionarse por la sobrevivencia del nahualismo, después de tres siglos de evangelización, por mucho que estuviera sobre aviso: “*je savait par l’ouvrage si rare et si curieux du dominicain Burgoa, avec quelle force les superstitions du nagualisme étaient encore*

74 Cfr. *ibidem*, pp. 147-148.

75 “Poblado por más de 2,000 indios de origen azteca, que hablan todos la lengua mexicana, eminentemente pacíficos y trabajadores” (*ibidem*, p. 50).

76 Cfr. *ibidem*, p. 123.

77 “Nada era tan melodioso como su voz cuando hablaba en esa hermosa lengua zapoteca, tan dulce y sonora que se podría llamar el italiano de América” (*ibidem*, p. 166).

enracinées dans les idées des aborigènes, dans les états d'Oaxaca et de Chiapas".⁷⁸ Gracias a ese sistema de creencias, los restos del sacerdocio y de la nobleza indígena encontraron un elemento de cohesión, que impidió que se desintegraran por completo sus valores culturales y facilitó las conspiraciones que, periódicamente, se urdieron en contra de los conquistadores. Las numerosas cavernas repartidas por la compleja orografía de Oaxaca fueron testigos frecuentes de esas misteriosas solemnidades, celebradas sigilosamente burlando la vigilancia de los dominicos. "*Ainsi s'organisaient les éléments de cette société redoutable qui, sous le nom de Nahuatlisme, fonctionna en secret, pendant près de deux siècles, dans toute l'étendue du Mexique et de l'Amérique centrale*".⁷⁹

Ocasionalmente habían sido detenidos y ejecutados los grandes sacerdotes del nahuatlismo, sin que la persecución llegara a impedir la continuidad de esos cultos paganos. Todavía en tiempos de Brasseur perduraba fresco el recuerdo de uno de esos pontífices, apresado en 1703 por un religioso de San Francisco, y muerto en cautividad en el monasterio de Cristo Crucificado de la Antigua Guatemala.⁸⁰

Del prestigio de esas tradiciones religiosas hablaba también la perduración del sacerdocio de Mitla, una vez desaparecido su rey Cocijopij y a pesar del combate librado en su contra por los dominicos.⁸¹ Mathieu de Fossey, que también había manifestado su admiración por el prestigio que Mitla conservaba entre los indígenas de los alrededores, explicó cómo las viejas creencias religiosas se habían metamorfoseado para adaptarse al catolicismo.⁸² El mismo John Jay Williams, tan poco favorable a los mixes en sus opiniones, no dejó de reconocer con cierta fascinación que también entre ellos persistían los antiguos cultos, y que su conversión al catolicismo había sido puramente nominal.⁸³

Brasseur, que presumía de haber ahondado en los contenidos del nahuatlismo, llegó a entender que su esencia —en los tiempos difíciles que se vivían, estremecidos por las violencias de las guerras de castas— con-

78 "Yo sabía, por la obra tan rara y tan curiosa del dominico Burgoa, con qué fuerza las supersticiones del nahuatlismo estaban todavía enraizadas en las ideas de los aborígenes, en los estados de Oaxaca y de Chiapas" (*ibidem*, pp. 173-174).

79 "Así se organizaron los elementos de esta sociedad temible que, bajo el nombre de nahuatlismo, funcionó en secreto durante cerca de dos siglos en toda la extensión de México y la América Central" (*ibidem*, p. 176).

80 *Cfr. ibidem*, p. 177.

81 *Cfr. idem*.

82 *Cfr.* Fossey, Mathieu de, *Le Mexique*, Paris, Henri Plon, 1857, p. 370.

83 *Cfr.* Williams, John Jay, *El istmo de Tehuantepec*, p. 284.

sistía en “*cet ensemble de cérémonies, de haines politiques et religieuses, se reproduisant sous tant de formes curieuses*”:⁸⁴ unos modos tan peculiares que permitían estrechar vínculos de solidaridad entre indígenas católicos y paganos, enardecidos unos y otros por una misma sed de venganza que les hacía desear la destrucción de la raza que perpetuaba el recuerdo amargo de la Conquista: “*aujourd’hui, il faut le dire, les éléments indigènes se mêlent à tout et partout; idolâtres ou chrétiens, ils travaillent avec une haine égale à anéantir ce qui reste de l’élément de la conquête*”.⁸⁵

La incursión de Brasseur por San Juan Guichicovi no podía dejar de recordarle a los mixes, a quienes tanto estima, a pesar de sus lecturas, que no siempre dejaban bien parados a aquellos indígenas:⁸⁶ “*cette nation vaillante qui combattit si longtemps pour son indépendance, en tenant tête tour à tour aux Chiapanèques, aux Mixtèques, aux Zapotèques et aux Mexicains, et qui a su la garder encore presque intacte aujourd’hui, en dépit de la conquête espagnole*”.⁸⁷ Por eso el deje de tristeza con que certifica la decadencia demográfica de los mixes de Petapa, que contrastaba con el esplendor de los tiempos en que esos indígenas, antes de la llegada de los huaves, dominaban todo el espacio del istmo comprendido entre uno y otro océano; y por eso también la nostálgica evocación de la derrota de los mixes a manos de los zapotecos y mixtecos y de las legendarias gestas de Condoy, el último gran caudillo de los mixes.⁸⁸

Los huaves o *wabi* que, con el tiempo, acabaron uncidos al yugo de los zapotecos, constituían aún en tiempos de Brasseur una población muy laboriosa, dedicada en su mayoría a la pesca y atenta al culto de sus antiguos dioses, que practicaban en algunos de los islotes diseminados entre las lagunas que se internan a más de doce millas en el continente.⁸⁹

84 “Esta mezcla de ceremonias, odios políticos y religiosos, que se reproducen bajo tantas formas curiosas” (Brasseur de Bourbourg, Charles, *Voyage sur l’isthme de Tehuantepec*, p. 180).

85 “Hoy, es necesario decirlo, los elementos indígenas se mezclan a todo y en todas partes; idólatras o cristianos se esfuerzan con el mismo odio en aniquilar lo que resta del elemento de la conquista” (*idem*).

86 John Jay Williams, por ejemplo, no se cansó de ponderar la profunda degradación moral de los mixes, así como su notabilísima ignorancia: *cfr.* Williams, John Jay, *El istmo de Tehuantepec*, p. 284.

87 “Esta nación valerosa que combatió tan largo tiempo por su independencia, enfrentando alternativamente a los chiapanecos, a los mixtecos, a los zapotecas y a los mexicanos, y que ha sabido guardarla casi intacta hasta hoy, a pesar de la conquista española” (Brasseur de Bourbourg, Charles, *Voyage sur l’isthme de Tehuantepec*, p. 94).

88 *Cfr. ibidem*, pp. 105-107.

89 *Cfr. ibidem*, pp. 138-140 y 158.

Como otros extranjeros que recorrieron la República mexicana, llama la atención de Brasseur el desinterés de los indígenas por explotar las riquezas que se hallaban al alcance de la mano, como ocurría con el *ixtli*, cuyo cultivo se hallaba muy extendido en Tehuantepec. Asevera además Brasseur que los norteamericanos, atentos a todo lo que se relacionaba con el istmo, se habían percatado ya de la importancia económica de aquella planta.⁹⁰

Al describir los alrededores de la desembocadura del río Uzpanapan, el más importante afluente del Coatzacoalcos, Brasseur cita una carta de Hernán Cortés a Carlos V, en la que se ponderaba la población y riqueza de ese área. Y a continuación testimonia el abandono y el olvido que siguieron a la penetración de los españoles: “*au rapport des indigènes, on n’y trouve plus que les ruines de ces antiques cités dont les populations ont disparu devant la domination espagnole*”.⁹¹ Muy parecido es el comentario que le inspira la contemplación del paisaje de la cuenca del río Petapa: “*le temps n’était plus où les populations innombrables qui s’opposèrent si souvent aux entreprises des Espagnols, fourmillaient dans ces montagnes, qu’elles avaient su fertiliser par leurs travaux; mais on découvre encore beaucoup de vestiges d’ancienne culture*”.⁹²

La misma observación había realizado Brasseur poco después de atravesar el río Mogané, cuando uno de los miembros de su comitiva le mostró varios túmulos cubiertos de hierba y el basamento piramidal de un *teocalli*. Según confesión del propio Brasseur, esos restos en ruinas y ocultos por un manto de vegetación eran “*la première trace de l’antique civilisation indigène que je voyais depuis mon retour en Amérique*”.⁹³

Y, sin embargo, algo de ese pasado —tan fragmentado y tan arrumbado en el olvido— permanecía vivo, particularmente entre los mixes que, aunque sujetos al poderío español y obligados a abrazar la fe de sus conquistadores, nunca habían perdido su conciencia “nacional” ni sus viejas cosmovisiones religiosas:

90 Cfr. *ibidem*, pp. 53-54.

91 “Según los indígenas, no hay más que ruinas de esas antiguas ciudades, cuyas poblaciones han desaparecido ante la dominación española” (*ibidem*, p. 22).

92 “Ya no es la época en que las poblaciones innumerables que se opusieron tan a menudo a las empresas de los españoles hormigueaban entre estas montañas, que supieron fertilizar con su trabajo; pero se descubren todavía muchos vestigios de la antigua cultura” (*ibidem*, p. 102).

93 “Primer vestigio de la antigua civilización indígena que veía desde mi regreso a América” (*ibidem*, p. 93).

*tout en acceptant l'Évangile à leur manière, avec le joug de l'Espagne, n'ont pas pour cela renoncé à leur indépendance; ils son restés Mijes jusqu'au bout. En dépit des dominicains qui furent leurs instituteurs dans la religion chrétienne, ils ont gardé une multitude de rites de leur paganisme antique, et ils continuent, ainsi que la plupart des populations indigènes de Chiapas et de Guatémala, à sacrifier, comme autrefois Israël, sur les hauts lieux.*⁹⁴

En el curso de una excursión a las grutas de Santo Domingo, nuestro viajero encontró vestigios de esas creencias, practicadas durante tres siglos en secreto por temor a la persecución, y menos disimuladamente en tiempos de Brasseur, pero desprovistas ya de su significado originario, que había quedado tan difuso como el recuerdo de sus dioses perdidos: *“au bord du bassin, un tronçon d'albâtre, comme d'une colonne brisée dont la base est restée debout, était l'autel secret où les Indiens venaient adorer de temps en temps les divinités d'un passé qu'ils ne comprennent plus”*.⁹⁵

V. CONCLUSIONES

Dejando de lado la relevancia que, desde el punto de vista historio-gráfico, posee la figura de Charles Étienne Brasseur de Bourbourg, por su esforzado trabajo de búsqueda e indagación de fuentes documentales, parece obligado destacar el interés de sus exploraciones por el istmo de Tehuantepec, cuando la sexta década del siglo XIX se abocaba a su fin.

La llegada de Brasseur a Minatitlán, en mayo de 1859, acontece en momentos particularmente delicados para la República mexicana, todavía titubeante en su nueva andadura liberal-federal, como consecuencia de la oposición conservadora a los programas reformistas impulsados por personalidades como Juárez, Lerdo de Tejada (Sebastián y Miguel) o Melchor Ocampo. El empeño de los dos bandos en pugna por romper el equilibrio de fuerzas al que parecía haberse llegado por aquellos años explica

94 “Además de aceptar el Evangelio a su manera, impuesto por España, no han renunciado a su nacionalidad; seguirán siendo mijes hasta el fin. A pesar de que fueron los dominicos sus maestros en la religión cristiana, han guardado una multitud de ritos de su paganismo antiguo y continúan, así como la mayor parte de las poblaciones indígenas de Chiapas y de Guatemala, sacrificando en las alturas, como antaño Israel” (*ibidem*, pp. 107-108).

95 “A la orilla de la fuente un gran trozo de alabastro, como el de una columna cuya rota base ha quedado en pie, era el altar secreto donde los indios venían a adorar de tarde en tarde a las divinidades de un pasado que ya no comprendían” (*ibidem*, p. 122).

la coquetería que muestran unos y otros contendientes con el gobierno estadounidense, cuyo apoyo podía contribuir de modo decisivo a desnivelar la balanza: un respaldo que, inevitablemente, iría acompañado de una elevada factura, en la que la soberanía nacional amenazaba con ser recortada, si no sacrificada.

Las guerras civiles que asolaban la región del istmo y el renovado enfrentamiento entre Juchitán y Tehuantepec eran expresión de rivalidades antiguas, nacidas de la hostilidad entre los diversos grupos étnicos que se asentaban en la zona del istmo. Pero esos odios envejecidos adquirieron perfiles más nítidos y se exteriorizaron de formas diversas cuando, en ese período central del siglo XIX, se colorearon con elementos programáticos contenidos en los planes y “gritos” de los partidos liberal y conservador.

No cabe duda del carácter efímero y de la volatibilidad de esas alianzas coyunturales de las comunidades indígenas con militares que se pronunciaban y se levantaban contra el orden establecido, y abogaban por la implantación de unas reformas políticas, o por la destitución de unos mandos ineptos o corruptos. Como ya he señalado en otra ocasión, la reflexión sobre la naturaleza de los movimientos nativistas que conmovieron periódicamente a la República mexicana a lo largo del siglo XIX —y Tehuantepec es un ejemplo emblemático— nos permite apreciar su violento carácter contracultural, derivado de una voluntad de segregación y de retraimiento que conducía a la destrucción o expulsión del mestizo y de las formas de vida por él representadas.⁹⁶ Por eso, la adopción de ideologías liberales o conservadoras no constituía sino un expediente para captar apoyos y ampliar la base social con que sustentar las reivindicaciones que de verdad importaban, que eran de una naturaleza muy diferente.

Son éstos unos puntos de vista compartidos por Brian R. Hamnett en un interesante trabajo aparecido recientemente en una obra colectiva, donde analiza las relaciones entre las demandas políticas y sociales de liberales y conservadores y las aspiraciones de ese “mundo de los pueblos”, integrado de un modo muy particular por las comunidades indígenas. Hamnett admite la existencia de una interrelación de los acontecimientos locales y nacionales, pero también advierte que cada uno de los primeros poseía características peculiares, que imposibilitaban la formación de un movimiento popular —menos aún indígena— de ámbito nacional.

96 Cfr. Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, p. 543.

Fueran indios o mestizos, esos cabecillas o caciques, apoyados por sus propias fuerzas armadas..., dominaban sus territorios durante largas temporadas y, en algunos lugares, por décadas. Donde había luchas intestinas entre pueblos, entre cabeceras y sujetos o barrios, entre grupos sociales o socioétnicos, y entre jefes rivales, una contienda feroz y a veces sin cuartel se desencadenó en la subregión y localidad... En esencia, el mundo de los pueblos (incluso el mundo indígena) estaba buscando líderes suficientemente capaces para mostrar su poder personal, no solamente por encima de ellos mismos, sino también, y más importante aún, con relación al mundo exterior...

Eso quiere decir que las luchas en el ámbito de los pueblos en contra de las presiones exteriores y para defender la identidad, las tierras, el acceso al agua, las costumbres religiosas, o para resistir las imposiciones o el reclutamiento frecuentemente se expresaron de esa manera. Por consiguiente, se mezclaron y se involucraron con las luchas políticas motivadas por razones distintas o influidas por líderes con otras aspiraciones y proyectos diferentes.⁹⁷

Quisiera resaltar también la importancia de las aportaciones de Brasseur en torno al conflicto, entonces tan agudo, entre modernidad occidental y tradiciones indígenas, que encuentra su manifestación externa en la impopularidad de los norteamericanos de la Compañía Luisianesa entre las poblaciones aborígenes del istmo de Tehuantepec.

Resultan de sumo interés los textos que Brasseur dedica al nahualismo, cuya sobrevivencia después de tantos siglos le causa la más viva impresión. No duda en atribuirle el mérito de haber impedido la plena desintegración del sistema de valores culturales imperantes entre las poblaciones indígenas de Tehuantepec, y cree descubrir en él el origen de las conspiraciones que, periódicamente, habían agitado la vida de la colonia. Brasseur sugiere además una explicación de las revueltas indígenas de los años cuarenta y cincuenta del siglo XIX, en la que las creencias religiosas de esos pueblos, aun mixtificadas, constituyen un factor clave.

97 Hamnett, Brian R., "Liberales y conservadores ante el mundo de los pueblos, 1840-1870", en Ferrer Muñoz, Manuel (coord.), *Los pueblos indios y el partaguas de la Independencia de México*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1999, pp. 206-207.